

MICKEY SPILLANE

Mi pistola es veloz

UNA INVESTIGACIÓN DE MIKE HAMMER



Una noche el detective Mike Hammer hace una parada en un bar. Allí encuentra una provocativa pelirroja, solitaria, sin mucha clientela ni suerte en la vida. Ambos entablan una amistosa conversación que acaba con un comentario del detective a la joven: todo le iría mejor si cambiara de trabajo. Sin embargo, ella apenas tiene tiempo de seguir su consejo porque al día siguiente muere atropellada por un coche que se da a la fuga. Aunque la policía cree que se trata de un simple accidente de tráfico, Mike Hammer sospecha que hay algo que no cuadra. El deseo de dar sentido a la muerte de la joven le lleva a sumergirse poco a poco en un mundo sórdido y violento. El rudo y curtido Mike Hammer, indiscutiblemente uno de los detectives más famosos del género negro, es el protagonista absoluto de *Mi pistola es veloz*. En esta exitosa novela aparecida por primera vez en 1950, Mickey Spillane plasma como nadie los bajos fondos de Nueva York, dota a la trama de un ritmo vertiginoso y sigue dando vida a un personaje icónico de la cultura americana.

A TODOS MIS AMIGOS: LOS PASADOS, LOS
PRESENTES Y LOS FUTUROS.

1

¿Alguna vez te has preguntado qué sucede en la calle mientras tú estás en casa, sentado confortablemente junto a la chimenea? Probablemente, no. Coges un libro y empiezas a leer sobre cosas, personas y situaciones que nunca han tenido lugar pero que igualmente te hacen descargar adrenalina. Es lo que estás haciendo ahora mismo; te estás preparando para llenar una vida normal con los detalles de las experiencias de otros. Curioso, ¿no te parece? Lees sobre la vida que se desarrolla en el exterior mientras piensas que —quizá— te gustaría que fuera la tuya o, al menos, querrías presenciarla. Hasta los antiguos romanos lo hacían; aderezaban su vida con acción cuando se sentaban en el Coliseo y presenciaban cómo unos animales salvajes despedazaban a un puñado de seres humanos. Gritaban de alegría y se palmeaban la espalda unos a otros cuando las zarpas letales de aquellos animales desgarraban la carne de los esclavos, y vitoreaban cuando alguien moría. Es cierto, mirar es genial. Observar la vida a través del ojo de la cerradura. Pero pasan los días, uno tras otro, y no te sucede nada ni siquiera parecido, así que empiezas a pensar que esas cosas solamente suceden en los libros, no en la realidad. Y punto. Pero bueno, por lo menos te lo has pasado bien leyendo. Mañana por la noche cogerás otro libro, te olvidarás del anterior y te valdrás de la imaginación para vivir otras situaciones. Pero recuerda: ahí afuera *suceden* cosas. Noche y día. Cosas que hacen que las fiestas romanas

parezcan juegos de niños. Suceden ante tus propias narices y ni siquiera te das cuenta. Sí, por supuesto puedes dar con ellas. Lo único que has de hacer es buscarlas. Aunque si yo fuera tú, no lo haría... porque cuando las encuentres, no te van a gustar. Pero yo no soy tú y mi trabajo consiste, justamente, en buscarlas. No es agradable presenciar dichas cosas, porque muestran cuál es la verdadera naturaleza de las personas. La gente ya no muere en el Coliseo, pero la ciudad es un estadio mucho más grande en el que cabe mucha más gente. Tampoco hay animales salvajes con garras afiladas como cuchillos, pero el ser humano puede ser mucho más hiriente y sanguinario. Tienes que ser veloz y capaz o te conviertes en una de las víctimas. Si eres el primero en asestar el golpe letal —da igual cómo o a quién—, sobrevivirás y podrás volver a tu comfortable hogar, junto al comfortable fuego de la chimenea. Pero tienes que ser veloz. Y capaz de hacerlo. O serás tú quien muera.

Diez minutos después de las doce, di por terminado el caso que tenía entre manos al entregarle a Herman Gable el manuscrito perdido en su apartamento. Para mí no era más que un fajo de papeles amarillentos llenos de una serie de frases apenas legibles, pero para mi cliente valía 2500 pavos. El muy tonto lo había envuelto en papeles de periódico viejos y lo había bajado por el montacargas junto con la basura. Anda que no estaba contento de recuperarlo. Me había costado tres días dar con los papeles y tuve que, como quien dice, rescatarlos de la incineradora de la ciudad; pero en cuanto me tendió el fajo de preciosos billetes de 50 nuevecitos pensé que las noches sin dormir habían merecido la pena.

Le hice un recibo y bajé en ascensor a la calle, donde me esperaba mi montón de chatarra. Por lo que a mí respectaba, toda aquella pasta se iba a quedar en mi bolsillo hasta que hubiese echado una cabezada reparadora. Después, quizá, me relajara un poco. A aquella hora de la noche había poco tráfico. Crucé la ciudad en dirección norte,

camino de mi cueva particular, situada en el enorme acantilado al que llamaba «hogar».

Pero me quedé dormido sobre el volante en el primer semáforo en rojo con el que me topé. Me despertaron unos bocinazos, que resonaban en mis oídos. Un par de coches chocaron entre sí al dar marcha atrás para maniobrar y adelantarme. Me dijeron de todo, pero estaba tan cansado que no tenía ni fuerzas para devolverles los *cumplidos*. A la mierda. Acerqué la tartana a la acera y paré el motor. Un poco más adelante, bajo las vías del ferrocarril elevado, había un tugurio de esos que abre toda la noche. Lo que yo necesitaba en aquel momento eran un par de tazas de café solo bien cargado que me despertasen.

No entiendo cómo aquel lugar conseguía superar las inspecciones de Sanidad, porque apestaba. Al final de la barra había dos vagabundos que bebían con parsimonia su tazón de sopa de diez centavos mientras devoraban las galletitas y el ketchup gratuitos. En mitad de la barra había un borracho concentrado en su plato de huevos y en no caerse del taburete. No le quedaba ni un centavo; resultaba evidente porque se había dejado el forro de los bolsillos por fuera al buscar un billete con el que pagar su borrachera.

Hasta que me senté y miré por el espejo que había detrás de los trozos de tarta no vi a la muñeca que estaba sentada a una de las mesas. Era pelirroja natural y, desde donde yo estaba, parecía bastante bonita.

Justo en ese momento, llegó el camarero.

—¿Qué desea? —su voz sonaba como el croar de una rana.

—Café. Solo.

La muñeca levantó la cabeza y se fijó en mí. Sonrió, metió la lima de uñas en su bolso de plástico cuarteado y vino hacia mí contoneando las caderas. Se sentó en el taburete que había a mi lado y señaló al camarero con la cabeza.

—Tapón tiene el corazón de piedra, señor. Dice que no me fía ni una miserable taza de café hasta que no consiga trabajo. ¿Le importaría invitarme a algo caliente?

Estaba demasiado cansado para discutir.

—Que sean dos, amigo.

El camarero cogió otra taza de mala gana y la llenó, tras lo cual las dejó de malos modos en el mostrador y la mitad del líquido se derramó sobre la ajada superficie de linóleo.

—Oye, Roja —croó—, deja de usar el bar como oficina. La poli siempre me está buscando las cosquillas y solo me faltaría eso.

—Venga, no me agobies. Lo único que quiero del caballero es que me invite a una taza de café; parece demasiado cansado como para jugar a nada esta noche.

—Sí, *Tapón*, lárgate —añadí. Me miró con mala cara, pero como yo era tan feo como él pero el doble de alto se marchó arrastrando los pies para controlar cuántas galletas se comían los vagabundos. Miré a la pelirroja.

En realidad no era tan bonita. Lo había sido, pero en sus ojos y en sus labios se reflejaban esas cosas que suceden bajo la piel y que hacen que la cara de una mujer pierda su belleza. Puede que en algún momento incluso fuera guapa, sí. Y no hace tanto. Su ropa parecía un tanto pasada de moda y la llevaba demasiado ceñida. Enseñaba demasiada pierna y demasiado pecho. Tenía la piel blanca y bonita y su carne aún era firme y joven; pero su cara dejaba translucir esas cosas que no se aprenden en los libros. La observé por el rabillo del ojo cuando levantó la taza de café. Tenía unas manos delicadas, con dedos largos acabados en uñas perfectamente arregladas y pintadas de color oscuro. Me sorprendió la manera en la que sujetaba la taza. Pese a ser tosca y estar agrietada, la manera en que la balanceaba frente a sus labios le confería un aire elegante. Me dio la impresión de que llevaba una alianza hasta que bajó la taza. No era más que un anillo con una flor de lis de esmalte azul y unas puntas de diamante ligeramente girado.

De pronto, se dio media vuelta y dijo:

—¿Le gusto?

—Ajá —sonreí—. Pero, como bien has dicho, estoy demasiado cansado.

Su risa era tintineante.

—Tranquilícese, señor, no pretendo convencerle. Solamente se interesa por lo que vendo un tipo de gente determinado.

—¿Aficionada a la psicología?

—Qué remedio.

—¿Y no le parezco de ese tipo de gente?

Los ojos de Roja bailotearon.

—Los chicarrones como usted nunca tienen que pagar, señor. Con ustedes es la mujer la que paga.

Saqué un paquete de Lucky y le ofrecí uno. Los encendí ambos y dije:

—Ya me gustaría a mí que todas las mujeres que he conocido pensasen así.

Soltó una bocanada de humo hacia el techo y me miró como si se estuviera remontando a un pasado muy lejano.

—Lo hacen. Quizás usted no lo sepa, pero lo hacen.

No sé por qué, pero aquella mujer me cayó bien. Puede que fuera porque daba la impresión de que sus ojos, a pesar de la crudeza de su mirada, siempre podrían llorar un poco más. O porque me decía cosas bonitas. O porque estaba cansado y mi cueva era un lugar frío y vacío, mientras que aquí podía hablar con la pelirroja. Fuera por lo que fuera, me cayó bien y la mujer era consciente de ello; y estoy seguro de que me sonreía como hacía mucho tiempo que no sonreía a nadie. Como si fuéramos amigos.

—¿Cómo se llama, señor?

—Mike. Mike Hammer. Oriundo de esta vieja ciudad y, actualmente, muerto de cansancio e incapaz de concentrarme. Blanco, mayor de edad y soltero. ¿Te vale?

—¡Fíjate! Y yo que pensaba que todos los hombres se apellidaban Smith o Jones. ¿A qué se debe?

—A que no tengo esposa a la que darle explicaciones, muchacha —sonreí—. Esa es mi carta de presentación. ¿Cómo te llaman, además de «Roja»?

—De ninguna otra manera.

Sus ojos se arrugaron un poco mientras bebía a sorbos el café que le quedaba. Tapón alternaba nerviosamente sus miradas entre nosotros y la ventana cubierta de vaho con la esperanza, probablemente, de que un poli pasara por allí y se llevase a esa puta que hacía tiempo en su bar. Me estaba sacando de quicio.

—¿Quieres más café?

Negó con la cabeza.

—No, ya tengo suficiente. Si Tapón no fuera tan quisquilloso a la hora de fiarme, no tendría que ir sonriendo a los extraños para poder tomar algo a medianoche.

Por la manera en la que me giré y la miré, Roja entendió que el comentario que le hice a continuación iba más allá de la mera curiosidad.

—No sabía que tu negocio podía ir tan mal.

—No va tan mal —miró por la ventana un instante. Estaba preocupada por algo.

Tiré un pavo sobre la barra. Tapón lo metió en la caja y me devolvió el cambio, que guardé en el bolsillo.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que eres una chica bien guapa? Las he conocido de todo tipo, pero creo que tú te podrías llevar la palma... si te lo planteases.

Su sonrisa dejó al descubierto en sus mejillas un par de hoyuelos que llevaban mucho tiempo enterrados. Se dio un beso en el dedo y me acarició la mejilla con él.

—Muchas gracias, Mike. A veces pienso que he perdido la capacidad de que me guste la gente... pero tú me gustas.

Justo en aquel momento pasó un tren, lo que amortiguó el ruido de la puerta al abrirse. Sentí al tipo que se paró junto a nosotros antes de verlo por el espejo. Era alto, tenía una apariencia oscura y grasienta, una expresión de

desdén, como si estuviera de vuelta de todo, y olía a gomi-
na barata. En Harlem habrían considerado que su traje, con
pinzas y a rayas, era elegante.

—Hola, nena —era evidente que no me lo decía a mí.

La pelirroja se giró levemente y apretó los labios.

—¿Qué quieres? —en tono apagado, sin fuerza. Se le
tensó la piel de las mejillas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Estoy ocupada. Lárgate.

El tipo la cogió del brazo como una exhalación y la hizo
girar sobre el taburete hasta que quedó encarada a él.

—No me gusta que me contestes con altanería, Roja.

En cuanto me bajé del taburete, Tapón se acercó a no-
sotros y echó mano a algo que guardaba bajo la barra. Le
miré de tal manera que, fuera lo que fuera, volvió a dejarlo
en su sitio y se quedó parado. El recién llegado también vio
mi mirada, pero no se amilanó.

—Lárgate antes de que te meta una buena —gruñó con
una mueca en la boca.

Intentó atacarme, pero le hundí el puño bien fuerte por
encima del ombligo y se dobló por la mitad como una na-
vaja. Lo abrí de nuevo con una bofetada que le dejó en la
boca una marca roja que tardaría en irse.

Normalmente, cualquier otro hubiera tenido bastante.
Pero este tipo, no. Apenas podía respirar, pero no dejaba
de lanzarme improperios al tiempo que se buscaba algo en
el sobaco de forma nerviosa y descontrolada. Roja estaba
inmóvil, con la mano en la boca. Tapón gritaba que lo dejá-
ramos, pero el miedo le impedía hacer nada más.

Dejé que casi alcanzara lo que estaba buscando y justo
en ese momento saqué mi 45 mm de tal manera que todo
el mundo pudiera verlo. Para conseguir un golpe de efecto,
le puse el cañón en la frente y amartillé el revólver, que hizo
un «clic» seco que resonó en todo el bar.

—Toca eso que llevas ahí y te vuelo tu asquerosa cabeza
grasienta. Venga, vamos, atrévete a moverte siquiera.

Y se movió, sí... pero para desmayarse. Roja lo miraba, tirado en el suelo, demasiado aterrorizada como para decir nada. A Tapón le había dado un tic nervioso en el hombro.

—No tendría que haberme ayudado. Por favor, márchese antes de que se despierte o... ¡o le matará! —articuló la mujer finalmente.

Le cogí el brazo con suavidad.

—¿Tú crees?

Se mordió el labio y me escrutó con la mirada. Por alguna razón, se estremeció violentamente.

—No, no lo creo pero, por favor, márchese. Hágalo por mí —suplicaba.

Le sonreí de nuevo. Estaba asustada y metida en problemas, pero seguía siendo mi amiga. Saqué la cartera.

—Hazme un favor —le puse en la mano tres billetes de 50—, deja la calle. Por la mañana, ve al centro y cómprate algo de ropa decente. Luego, compra el periódico y busca trabajo. Esta vida que llevas es muy peligrosa.

No quiero que nadie vuelva a mirarme como lo hizo ella en aquel momento. Esa mirada que tienes cuando estás rezando, casándote o haciendo algo por el estilo en una iglesia.

El engominado seguía en el suelo, pero acababa de despertar y me miraba. Observaba la cartera —que aún tenía abierta en las manos—. Tenía los ojos fijos en la placa que llevaba prendida en ella; y de no haber tenido la pistola aún en la mano, habría sacado la suya. Me agaché y le quité el arma de la sobaquera. A continuación, lo agarré de la solapa y lo saqué a rastras por la puerta.

En la esquina había una cabina telefónica de la policía. Hice una llamada y, en cuestión de dos minutos, un coche de la policía aparcó junto a la acera. De él se bajaron a todo correr dos policías uniformados. Saludé a uno de ellos con un movimiento de cabeza.

—Hola, Jake.

—Hola, Mike. ¿Qué sucede?

Tiré a sus pies al engominado.

—Este payaso ha intentado empuñar un arma contra mí —y se la tendí, una 32 mm de cañón corto—. No creo que tenga licencia, así que puedes enchironarlo por tenencia ilegal. Presentaré la denuncia por la mañana. Ya sabes dónde encontrarme.

El poli cogió la pistola y metió al tipo a codazos en el coche, que siguió maldiciéndome mientras me dirigía a mi tartana.

Me desperté a primera hora de la mañana. Aquellas 48 horas eran justo lo que necesitaba. Me di una ducha de agua caliente primero y de agua fría después para despejarme del todo, me puse frente al espejo y me afeité. Estaba hecho un desastre, sin duda. Aún tenía los ojos rojos y legañosos y sentía como si estuviera segándome la cara en vez de afeitándomela. Por lo menos, me encontraba mejor. Un buen plato de huevos con beicon me calmó el estómago lo suficiente como para vestirme y empezar el día con algo decente en la barriga.

Jimmy puso un filete en la parrilla en cuanto entré en su bar. Como me gustan poco hechos, lo tenía en el plato casi antes de que se hubiera calentado del todo.

—La chica esa de tu oficina no ha parado de llamar en toda la mañana —me dijo mientras yo engullía la carne—. Será mejor que la llames.

—¿Qué quería?

—Saber dónde estabas. Imagino que piensa que estás por ahí con alguna pollita.

—Joder, siempre está con lo mismo —acabé el postre y dejé un billete en la barra—. Si vuelve a llamar, dile que voy para la oficina, ¿quieres?

—Claro, señor Hammer, claro. Será un placer.

Me di unas palmaditas en el estómago, encendí un cigarrillo y me metí en el coche. No tardé mucho en llegar al

centro, pero me llevó media hora encontrar aparcamiento. Cuando, finalmente, entré en la oficina, Velda me miró con esos ojos grandes y marrones que tiene, que ya me estaban echando la bronca antes incluso de que la mujer abriera la boca. Cuando decidí contratar a una chica para que llevara la oficina pensé que la quería guapa y un poco tontita para controlarla a placer. Nunca creí que encontraría a una chica tan inteligente. Las guapas rara vez lo son. La mía está crecida, es preciosa y tiene un cerebro que lleva un rato estudiando las situaciones desde todos los ángulos cuando el mío aún está admirando las curvas.

—Ya era hora de que llegaras —dijo mientras buscaba cuidadosamente rastros de carmín o de cualquier otro de esos indicios tan claros que meten en problemas a un hombre. Esbozó lentamente una sonrisa y supe que se había convencido de que no venía directamente a trabajar después de correrme una juerga por ahí.

Tras quitarme la gabardina, dejé sobre su mesa la mayor parte del fajo de billetes de 50.

—Dinero para vivir, nena. Paga los recibos y lleva el resto al banco. ¿Ha llamado alguien?

Metió la pasta en un archivador y lo cerró con llave.

—Un par de personas. Una de ellas quería que le *aligerases* un divorcio; y la otra, un guardaespaldas. Por lo visto, el marido de su amante dice que lo va a matar en cuanto dé con él. Les he dado a ambas el número de Ellison's, donde recibirán el trato adecuado.

—Me gustaría que dejaras de pensar por mí. El trabajo de guardaespaldas no habría estado mal.

—Ni por asomo. He visto una foto de la novia... y es de esas tetonas que tanto te gustan.

—Qué tontería, ya sabes que odio a las mujeres.

Me senté en la silla de la recepción y cogí el periódico que había sobre el escritorio. Lo ojeé de arriba abajo y cuando iba a dejarlo nuevamente sobre la mesa, una de las fotos de la primera plana me llamó la atención. Estaba en

una esquina, rodeada por instantáneas del combate de pesos pesados de la noche anterior. Era una foto de la pelirroja tirada en el suelo junto a un bordillo. Estaba muerta. El titular decía: «Conductor homicida se da a la fuga».

—¡Pobre chica! ¡Qué mala suerte!

—¿De quién se trata?

Le tendí el periódico de malos modos.

—La conocí la otra noche. Era una prostituta y la invité a un café en un bar de mala muerte. Antes de dejarla le di algo de pasta para que dejase el negocio... y mira lo que le ha pasado.

—Menudas compañías frecuentes —su sarcasmo me tocó las narices.

—Maldita sea, era una buena mujer. No pretendía nada. Le hice un favor y ella me lo agradeció mucho mejor que la mayoría de los mierdas que se creen personas. Es la primera vez en la vida que hago algo medianamente decente y mira cómo me ha salido.

—Lo siento, Mike. Lo siento mucho, de veras —me resultaba curioso que fuera capaz de saber tan fácilmente cuándo le estaba diciendo la verdad. Buscó la noticia en el periódico y la leyó. Cuando terminó, tenía el ceño fruncido —. No la han identificado. ¿Sabes cómo se llamaba?

—Mierda, no. Era pelirroja, así que la llamaban Roja. Déjame ver —y me puse a leer el artículo.

La habían encontrado en la calle a eso de las dos y media. Por lo visto, ya llevaba un rato allí antes de que alguien tuviera el sentido común suficiente como para llamar a un policía. Un tipo que había pasado dos veces por el lugar le dijo al poli que había pensado que se trataba de una borracha que había perdido el conocimiento. Razonable. Por esa zona es habitual encontrártelos. Lo curioso es que no llevase nada que la identificara.

—Oye, quédate un rato, tengo que salir un momento —dije nada más cerrar el periódico.

—¿Por esa chica?

—Sí. Quizá pueda ayudarles a identificarla. No lo sé. Llama a Pat y dile que voy para allá.

—Vale.

Decidí dejar el coche donde estaba y coger un taxi hasta el edificio de ladrillo en el que Pat Chambers tiene su despacho. Tendrías que ver al tipo ese. Es el capitán de Homicidios; un policía de verdad, pero jamás lo dirías con solo mirarlo. Joven, pero muy inteligente y ambicioso; el mejor ejemplo de eficacia policial que se me ocurre. No es normal que los policías se codeen con investigadores privados, pero Pat es lo suficientemente listo como para saber que puedo llegar a muchos de los lugares que se encuentran fuera del alcance de la ley, y él puede hacer por mí muchas cosas que yo no puedo hacer. Lo que empezó como una colaboración modesta se ha convertido en una amistad sólida.

Me encontré con él en el laboratorio, donde estaba realizando una prueba de balística.

—Hola, Mike, ¿qué haces por aquí tan temprano?

—Tengo un problema, amigo —dejé el periódico abierto delante de él y le señalé la foto—. Este. ¿Sabes algo de ella?

—No... pero lo sabré —mientras negaba con la cabeza—. Ven, vamos al despacho.

Salimos del laboratorio y nos dirigimos a su diminuta oficina. Me indicó con la cabeza que me sentara en una silla y marcó el número de una extensión mientras me encendía un pitillo.

—Hola, soy Chambers. Quiero saber si ya habéis identificado a la mujer que murió atropellada anoche —escuchó unos instantes y frunció el ceño.

Esperé a que colgara.

—¿Sabéis algo?

—Es raro... murió porque se partió el cuello. A uno de los chicos no le gustaba cómo pintaba el asunto y no han